

Umbral, la convulsión de la palabra

Acabo de llegar de la calle, de largas travesías en ferrocarriles subterráneos, con la tarde ya vencida, perdido el día en inutilidades burocráticas, con el culo aplastado por el asiento de la oficina. La casa está sola, con una penumbra malsana. Afuera cae una llovizna gélida. Ahora mismo mi estado de ánimo es lo menos aproximado a lo que se supone que debe ser el estado de ánimo de un crítico o, al menos, de la gente que se dedica esporádicamente a reseñar o comentar libros. Porque se supone, y está bien que se suponga así, aunque yo no lo crea, que el crítico ha de ser objetivo, impersonal, y examinar un libro como lo examinaría el neutral y famoso «ojo de la cámara», con independencia de las hemorroides, de lo que va a cobrar o de su particular jerarquía de valores cotidianos.

Yo no sé si la objetividad es conveniente o es una patraña pseudocientifista, pero en el estado de ánimo que me ha dejado la vacía circulación de las horas y los pedigüeños de las estaciones ferroviarias, junto a lo que ya se ha convertido en carátula del intelectual contemporáneo, es decir, la crisis crónica, porque el tipo es consciente y lee los periódicos y se entera de los muertos y de la miseria, de la muerte violenta y del hambre que la civilización no ha podido erradicar, o no es así y la calamidad nos deja incólumes y sólo se trata de una caída personal, pasajera o menos, el caso es que no llego a este libro de Francisco Umbral, *La belleza convulsa* (Edit. Planeta, 1985), por razones críticas, ni siquiera valorativas, sino por apetencia, por tratarse de un libro escéptico y cargado de ternura, de lirismo y de ordinariez, según va saliendo al compás de la sinceridad y la falta de convicción del propio autor, que sabe del relativismo de la palabra escrita (no digamos nada de la palabra hablada) y convierte esa gratuidad en una sustancia que a la larga exuda pureza literaria, pues no se puede dejar de tener en cuenta que esas prosas Umbral las escribe después, antes o entre medio de una intensa labor periodística, que quema al más saneado circuito neuronal.

Verdaderamente (es otra condición del estado de ánimo) a mí me trae sin cuidado determinar si *La belleza convulsa* es libro bueno o malo, importante o baladí, y si es novela —como se presenta, culpa atribuible a algún delicado imperativo comercial— o son artículos, estampas, ejercicios de estilo o páginas de diario más o menos íntimo. No es el asunto, aunque yo personalmente me incline por considerar *La belleza convulsa* como una recopilación de apuntes autobiográficos manipulados en la justa medida en que el pudor y el aburrimiento del autor necesitan relajarse en unas fintas de distracción, a los cuales, si se quiere, recordando la definición de Cela, que Cela sacó de Baroja, se les puede llamar novela, si bien a mí consigue interesarme más el menosprecio de las reglas del juego, o sea, el respeto por las limitaciones naturales del punto de vista narrativo, y en esto Umbral, salvo las concesiones a que haya lugar, tiene una trayectoria muy definida (y triunfante, que es aún más meritorio).

Tampoco me inclino por destacar lo «convulso» de la belleza. Título hermoso, por supuesto, pero la belleza que Umbral persigue no es convulsa, la belleza que logra no es convulsa. Lo convulso es el drama pelado, sin sutileza, sin recovecos, y la belleza que Umbral capta o crea tiene otros registros medios, solapados, ambiguos, cotidianos y, en todo caso, sorda y burlescamente exasperados, y me sorprende muy seriamente, por ejemplo —yo que nunca creí en las balandronadas mujeriegas y disolutas de Umbral—, el desgarramiento ritualista, panerótico y triste con el que se detiene a contemplar como un fauno encadenado la hondamente asimilada y ya remota belleza de la adolescente, la niña, la muchacha, la ninfa, un poco en el énfasis de Nabokov, es cierto, pero con sentimiento propio, con angustia muy personal por la «convulsa» mescolanza de tiempo, pérdida, juventud, adoración ancestral de los símbolos sagrados y carnales que sólo son reconocibles y, por tanto, objetos de culto desde la cerebración adulta (ya no adúltera), desde la lujuria caída de la fugacidad y el sobresalto, siempre, de que la vida se escapó y, además, pudo ser otra cosa, debió ser otra cosa: «Lloro de gratitud —de gratitud por qué, por quién, a quién— cuando una niña así me pasa cerca, cuando viene a mi casa en el minué social. *Y sé que no he vivido: lo sabía* (subrayado nuestro). Violentar ese color de té inédito, ir desgarrando esos perfumes naturales, nacidos de la piel sin intención, besar en esos pies que ella se ha descalzado para que un perro de la casa se los vaya lamiendo. Ser ese perro, profundo de sabores, a quien la niña sabrá largamente a piel y caminata. No he vivido, me digo, no he vivido».

Salvo la impropiedad del pronombre personal aplicado a un perro, ligero descuido en los que incurría hasta Cervantes, éste es de los párrafos que a mí me sirven para congraciarme con un escritor, un escritor tan traído y tan llevado y batallado como Umbral, quien por sus provocaciones incluso ha creado —privilegio mayor— una especie de ridícula escuela de seguidores de sus errores, que se queman las pestañas buscando la manera de atacar al iconoclasta, pero no comprenden los muy ociosos que cuando se trata de derribar a alguien es que ese alguien se les presenta con los caracteres del ídolo. El anti-umbralismo, que existe, es torpe hasta la saciedad.

Francisco Umbral, cincuentenario en la sociedad de consumo (¡Dios! ¿Veinte años ya de cuando yo departía con él en el bar de Cultura Hispánica?), signada por una colectividad que se mueve a impulsos de la coacción publicitaria, supo bien pronto que circular por esta clase de sociedad sin el marchamo de una imagen reconocible era irrisorio, y se creó la imagen, la construyó con ingredientes baudelerianos, bufandas y gatos. Pues bien, lo que me gusta de *La belleza convulsa* es que a pesar de observarse la voluntad de comenzar según los estereotipos de la «imagen», ya se sabe, provocación, ingenio, humor epatante, a la larga se disgrega esta imagen, la propuesta peyorativamente «literaria», de consumo, y aparece otra faceta, tan humana como la primera (nada hay que la realidad no abarque), pero más profunda en su cotidianidad, en su indefensión y en su peripatetismo.

Como escritor fundamentalmente autobiográfico que, dicho sea de paso, es la única manera de poder escribir sobre los demás, a veces fastidia con su dispendio autografiante. Aquí no. En *La belleza convulsa* (André Bretón: «La belleza moderna será convulsa o no será», cita de principio) se gratifica menos, o se olvida de la imagen, relativamente, o prefiere atender desde la mueca de un cierto cansancio de entonación

existencialista los signos de la degradación, no particular, la degradación humana ontológicamente ribeteada, donde intervienen las hemorroides, el levantarse de la cama con miedos («He dormido mal, en la ciudad, con una lluvia de otoño, como una catástrofe de arpas, que debiera haberme relajado, pero no»), el meterse en la cama al atardecer por aburrimiento, la fiebre, el hígado, la soledad, la lucidez helada y, resumiendo, una entre patética y sarcástica dignidad de prosa que conjuga sin lugar a duda todos los engranajes de la expresión poética.

Y salvo algunas montaraces escapadas inútiles para intentar la recuperación familiar del escritor díscolo y *snob*, a fin de que la mojigatería ambiente pueda tragar su regenerativa purga, eso es lo que me inspira *La belleza convulsa*, la sensación confesional de la poesía, o de la prosa engastada en la metáfora poética.

La grave sinceridad y la exquisita elección de las palabras desborda con frecuencia todo aquello que pudiera pertenecer al oficio muy usado y repetido del escritor fácil o peligrosamente bien dotado, y eso es Francisco Umbral en este libro: un escritor bien dotado y tundido que, como el ave Fénix, renace de sus compromisos, de sus batallas diarias con la palabra gratuita e imprescindible, de sus cócteles, de sus artículos urgentes hechos con «toda la profunda superficialidad» que el asunto requiere, y se escapa de la ciudad agobiante a su casa de campo, que vemos que tiene jardín y piscina, y acomete sin ambages un ritual de la expiación que ya parece insobornable.

Eduardo Tijeras